LA NOVI
PICARESCA

1
232082

AÑO I — PUBLICACIÓN QUINCENAL ILUSTRADA — Núm. 8



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PEDRO DE REPIDE:
La carrera del amor
(Reducción)

10 centavos

1

232082

)VELA PICARESCA"

RIENTES 951 — Buenos Aires

producciones del género picaresco y realista, extrangero y nacional. Traducciones exclusivas de LA NOVELA PICARESCA, cuidadosamente revisadas y publicadas con autorización de la "Société des Gens de Lettres" de Francia, con la que se ha celebrado un convenio especial. Es prohibida la reproducción. Quedan cumplidas las formalidades de la ley.

APARECE LOS MIERCOLES 2º y 4º DE CADA MES

Precio: 10 centavos

En el próximo número:

El diario de una mucama

novela del célebre escritor francés

OCTAVE MIRBEAU

SUCESIVAMENTE:

Los mejores cuentos picarescos y realistas de Auriol, Capus, Zola, Sylvestre, Azorín, Bernard, Curnonsky, Zamacois, D'Annunzio, Aubier, Felipe Trigo, Gaupaux, Max y Alex Fischer, Jerome, etc., etc.

AL PÚBLICO: La imposibilidad de conseguir papel de ilustración en la cantidad necesaria, nos obliga a suprimir momentáneamente nuestro suplemento ilustrado. Tratamos de obtener cuanto antes la provisión conveniente para reanudar las ediciones completas.

NÚMEROS PUBLICADOS:

Nº 1.—MAX Y ALEX FISCHER.—La traición del ascensor. La intimidación. Un cliente nuevo.
Nº 2.—HENRY KISTEMAECKERS. — La llegada de Alberto. Una aventura de caza. El ahogado. La vuelta al hogar.
Nº 3.—GUY DE MAUPASSANT. — La seña. El vagabundo. Una condecoración.
Nº 4.—CATULLE MENDES. — La visión. El haz de paja. La campanilla. Las irreprochables.
Nº 5.—WEBER Y WILLY. — Los Reyes Magos.
EDMOND ABOUT. — El cuarto de huéspedes.
Nº 6.—LUIGI LUCATELLI. — A la gloire. Historietas breves.
ROBERTO BRACCO. — Un beso en la obscuridad.
Nº 7.—EDUARDO ZAMACOIS. — Amar a obscuras.

Revendedor general para la Capital: Miguel Marchesano, Paraguay 2880. — Buenos Aires.

Grabados: A. Zucchi y Co.

R 3211503

47 / 1479875

LA NOVELA PICARESCA

AÑO I — Buenos Aires, Febrero 12 de 1919 — Núm. 8

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

La carrera del amor

En la Puerta del Sol, Adolfo, el guapo Adolfo, el mozo pinturero, tiritaba con las manos en los bolsillos. Estaba a cuerpo en un día como aquel de los peores del invierno, y por todo abrigo habíase subido el cuello de la americana. De cuando en cuando torcíase más sobre el rostro la gorrilla con que se tocaba como si quisiese recatarse de alguna mirada inconveniente. Y no le era menester el rebozo porque el portal estaba obscuro todavía y la calle desierta.

Entre el castañeteo de sus dientes escapábasele decir esa frase que el vulgo madrileño pronuncia escamoteando la primera sílaba y la palabra última:

—¡...dita sea la...!

Y acompañaba la dicción con unas pataditas en el suelo, que al propio tiempo que le valían para demostrar su enojo, éranle bastante útiles para entrar los pies en calor.

Y su enojo tenía una verdadera justificación. ¿Quién le mandó a él, al cabo mejor plantado de su regimiento, despojarse aquella tarde de su uniforme que le adornaba y abrigaba para lanzarse por esas calles vestido de paisano golfo, y expuesto a un contratiempo si era descubierto? Nadie se lo hubo de mandar, sino su natural desenfadado y libre que veía en su uniforme militar, si bien ciertas ventajas para algunos casos, una traba indudable para su marcha callejera .Porque cuando un madrileño, que es castizo, sale de su casa, no puede precisar nunca cuándo volverá, ni mucho menos a dónde irá a parar, aunque esto último se lo suponga la mayor parte de las veces.

Era a mediados de Diciembre, y pensó en que los puestos de Nochebuena estarían ya instalándose, o instalados quizá, en la Plaza Mayor y en Santa Cruz. Las gentes de todas jerarquías confúndense en esos días litúrgicos ante los barracones típicos. ¿Quién le decía a Adolfo que una aventura, y quizá con ella una ventura, no acecharían su paso?

La aventura de aquella tarde, se presentó a Adolfo bajo la forma de Clarita, una gentil damisela de la aguja.

Su padre, portero de un ministerio, murió cuando ella tenía dos años. Quedó a la viuda algún dinerillo, que había ahorrado el hombre durante su cargo cerberil, porque su puesto se prestaba a algunas influencias en las oficinas. Y dícese su puesto, porque ¿qué empleado que estimase en algo su tranquilidad, podía negar facilidades para la pronta marcha de un expediente, a quien todos los días a la entrada y a la salida había de preguntarle por el asunto de marras?

Pero la señora portera viuda, que era mucho más joven que su difunto, dedicóse a darle aire con mucha suavidad a las monedas del que pudría. La niña Clarita, abandonada a su albedrío, pasábase la vida jugando con las chicas de la calle, y cuando entraba en casa no era ciertamente para aprender en mejor escuela.

La fresca de la madre mudaba de amantes con más frecuencia que de camisa, si era cosa de creer a las vecinas que llevaban la cuenta entre las veces que veían entrar hombres nuevos en casa de la muy sucia y las menos que veían a la tal tendiendo ropa lavada.

A tiempo murió también la desdichada. A tiempo para ella, que de vivir más, hubiese llegado a las tremendas amarguras del hospital y del asilo. A tiempo para su hija, que ya era crecidita y más ganaba que perdía con la desaparición de su madre. No faltaron las buenas almas de una familia que recogiese a la huérfana, mientras se gestionaba su ingreso en un internado de caridad y trás unos años de encierro en una casa piadosa Clara, fuerte ya para poder hacer frente por sí misma a la vida sintió la necesidad del libre ambiente y abandonó aquel recinto recordándole siempre con gratitud pero regocijándose de haber salido de él.

Clarita trabajaba en la calle Mayor en un taller cuyos balcones ostentaban este letrero:

Madame Tutú

Modes Robes.

Palabras estas últimas que ella traducía así sencillamente: modo de robar. Versión que, por supuesto, cuidaba siempre de hacer lejos de los oídos de la maestra.

Era ésta una jamona que se llamaba muy castizamente Nicolasa González, pero que siguiendo la costumbre, habíase puesto el mote francés, circunstancia que por lo visto influye de una manera muy considerable en la habilidad para adornar los cuerpos femeninos.

Doña Nicolasa, que había tenido muchos alias entre los cuales escoger, podía, en efecto, haber elegido otro más bonito; pero las mujeres han sabido encontrar muy de su agrado en esos casos la elección de nombres que hubiesen sido adecuados para aplicarse a una perrita. A eso obedece la prolongada serie de Lillis y Lulús, Ninís, Tutús, y otros camelos por el estilo, adoptados como nombres, lo mismo por las mujeres que viven de los vestidos, que las que deben su subsistencia a todo lo contrario.

Doña Nicolasa, o sea Madame Tutú, era una mujer vistosa todavía que andaba ya bordeando los cuarenta. Guapetona y metida en carnes, aún provocaba el piropo cuando salía por esas calles. Y sabedora de su efecto gustaba de acicalarse con todos los recursos de su arte, diciéndose mientras se daba la última ojeada ante el espejo, al momento de salir:

—De fijo que hoy voy a tener que oír unas cuantas barbaridades.

Barbaridades, que a no dudar, debían ser muy del gusto de ella, porque se lanzaba en su busca con una fruición que acaso no tuviese nunca mejor causa.

Madame Tutú estaba casada, y su marido pertenecía, como es natural, a esa categoría zoológica perfectamente definida que comprende a los maridos adjetivos.

Llamábase don Clemente el marido de doña Nicolasa, y justificaba como cumplía la bondad de su nombre. Sabía perfectamente que el onceno mandamiento es no estorbar, y procuraba estar en casa el menor tiempo posible. Con su mujer no se hallaba más que para comer, y a veces también para dormir. Sistema de vida, gracias al cual conseguía mantener la mayor suavidad posible de relaciones en el matrimonio. Porque así dá gusto. ¡Habiendo armonía!

Al otro día de su encuentro con Clarita, situóse Adolfo de centinela en la esquina del paseo de Luchana y la Glorieta de Bilbao, desde que fueron las seis de la tarde.

A los dos días ya la esperaba en la calle Mayor, a la puerta misma del taller. Llegaba el alborozo de los días pascuales, las gentes llenaban las calles entre una continua exposición pantagruélica, que era como una pública y solemne apoteosis de la gula. Aquella tarde subieron Clarita y Adolfo por la calle del 7 de Julio, y dieron en la Plaza Mayor, atestada de un público donde eran los menos quienes acudían a comprar cosas de comer, y los más quienes concurrían a ver cómo se disponían los elegidos a prepararse las delicias de una copiosa refección.

Clara y Adolfo habíanse sumado al confuso y abigarrado tropel de concurrentes que llenaba todo el espacio que en la Plaza Mayor dejaban libre mercaderes y mercancías. Un estruendo de tambores y de panderos atronaba los aires, y mezclábase con el continuo griterío de los pregones, y de las ventas contratadas a voces. Y los sordos zumbidos de rabeles y zambombas daban su tono de bordón entre el concierto desconcertado y desconcertante.

En aquella exaltación de la felicidad del vivir, acabaron por sentirse ellos también felices. Dieron con sus cuerpos en Santa Cruz, más que por propio impulso, llevados en volandas por la avalancha de las gentes. Y en aquel mercado pueril, la presencia de los niños que requerían figuritas para sus belenes, trajo a la mente de Clara una especie de ternura maternal. Luego, como estaba más cerca de ser una chiquilla, deteníase con delectación infantil ante los puestos.

—¡Mira qué Nacimiento!

—¿Te gustaría uno? — le preguntaba Adolfo.

—Para jugar, ¿verdad?

—Natural, como que somos dos criaturitas.

—¡A ver!

—Oye, y en vez de un Nacimiento de esos, ¿no te gustaría uno de los otros?

—¿De cuáles, precioso?

—¿Vamos, que en vez de un niño de esos de pastas, estaría mejor uno de verdad?

—¿Ay, sí? ¡Qué gracioso!

Y se reía con una risita nerviosa y forzada, al tiempo que le decía adiós con la mano, y se internaba en el sombrío corredor del portal.

Era la Nochebuena, y Clarita, que había salido del taller antes que de costumbre, en gracia a que la fiesta requería la presencia en sus casas y en el calor de las familias, de todas aquellas personas que tenían familia y casa, sintió un intenso dolor al hallarse sola en medio de la general alegría. Porque más triste que sentir la soledad en medio de una isla desierta, es sin duda, sentirla en medio de la muchedumbre de las gentes.

Compraron todas las vituallas que se podían adquirir con el capital social de que disponían: Una lata de sardinas, chicharrones, pan, queso y fruta. En fin, la orgía. Hasta quedó dinero de sobra para golosinas. La vigilia del precepto no rezaba con aquellas almas de Dios. Allá en el zaquizami de la chica habría, tal vez, más provisiones de las que servían para su ordinario condumio. La bacanal sería desenfrenada.

Y aquella noche, cuando Adolfo llegó al portal que tantas noches

había intentado en vano traspasar, halló que se le franqueaba la puerta como un arco triunfal.

Y subió tras de Clarita. La portería estaba cerrada con un postigo de madera, y nadie, por lo tanto, vióle subir con la muchacha. La portera recibía aquella noche a sus relaciones, y dentro del recinto porteril sonaba una algazara de ronda de panderos, en dulce armonía, con un repiqueteo de almireces.

En todos los pisos había estruendo y algazara. Cuando Clara llegó a la puerta de su cuarto, dijo a Adolfo sencilla, natural y sincera:

—Eres el primer hombre que entra.

Y una vez en el aposento, iluminado entonces por una alegría extraordinaria de juventud, de amor y de ternura, dispusiéronse para un festín supremo.

Y le comenzaron con besos.

Si Clara y Adolfo confiaron al sol el cuidado de despertarles al otro día, fué sin duda porque suponían que el rubio señor seguiría escondido aquel día como los anteriores.

Y la bruma invernal no les hizo traición. Amable como una abuela que proteje los amores de sus nietos, tuvo la bondadosa oportunidad de velar tupidamente la luz del indiscreto sol. Ni a ella la reclamaba la aguja, ni a él le solicitaba el cuartel. En aquel día de Navidad, nacieron ellos también a la vida de su amor.

Se despertaron como se habían dormido, con un beso.

A él se le ocurrió preguntar:

—Chiquilla, ¿qué hora será?

Ella no lo hubiera preguntado, por eso le contestó tan sólo:

—¿Para qué lo quieres saber? ¿Estás tan mal aquí?

—No, muchacha, no es eso. Pero era por saberlo.

—Pues me has *sacao* de una duda.

Y Clara quedó arrobada en un éxtasis amoroso, clavando su mirada en aquel hombre que la había iniciado en los misterios de las pequeñas alegrías que tiene esta perra vida.

—¿Será ya tarde? — volvió a insinuar Adolfo.

—No sé. Pero hemos dormido muy poco.

—Bueno, es que hace poco que nos hemos dormido, pero hace mucho que nos acostamos.

—Ya, ya. No sé cómo se nos ha ido el tiempo.

—Yo sí.

Ya no se separaron en todo el día, consagrando sus horas al encanto nupcial. Como era inevitable, hiciéronse el mutuo juramento de amarse eternamente y de no separarse jamás.

Aproximábase la alegría del Carnaval, y pronto comenzarían los bailes de máscaras que anticipaban las emociones del antruejo.

Llegó la noche deseada. Adolfo, que no había podido conseguir el permiso que solicitara para no ir aquella noche al cuartel, consiguió sin necesidad de permiso alguno escaparse bonitamente y acudir en busca de Clarita.

Cuando Clarita entró en el salón apretando nerviosa y hasta convulsivamente el brazo de su novio, experimentaba la sensación de que entraba en una región portentosa del reino de lo desconocido.

La sala estaba ya llena cuando llegaron, pero, sin embargo, justo es decir que la ilusión de Clara era tan superior a la realidad, que se sintió un tanto defraudada ante aquel espectáculo, que aunque brillante y animado, no era lo que su demasiado acalorada fantasía quiso fingirla cuando pensaba en tales fiestas. ¿Qué poeta podrá igualar en los poemas que escribe, a aquellos que se forja en sus ensueños cualquier cabecilla femenina cuando empieza a asomarse al amor, y no ha tenido tiempo todavía de asomarse a la vida?

Agarrando muy fuertemente a Adolfo de su brazo, para que no se pudiera escabullir intencionada o fortuitamente entre las apreturas, paseaba ella la mirada por el teatro, atisbando desde detrás de su antifaz todo el local de abajo arriba. Con un ahinco que era una ofensa a la fidelidad de su novio apretábale contra su cuerpo. No era ciertamente que tuviese desconfianza de él, deciase ella, para justificar su tiranía; pero entre tanta gente era tan fácil perderse, que no estaba de más ninguna precaución.

—Pero, vamos, so tonta. No apretes más. Es que te crees que me voy a escapar.

—No me creo nada — contestaba ella, — pero no te suelto.

—¿Por qué?

—Por si acaso.

Había fijado Clara la vista en un palco principal, y no pudo reprimir un grito y un movimiento de sorpresa.

Clara acababa de ver surgir de detrás del cortinón del antepalco la figura de una máscara vestida de la más loca fantasía, y cuyo continente no la dejaba ya lugar a dudas. Allí estaba doña Nicolasa con Julieta, una costurera del taller.

Clarita y Adolfo hicieron su aparición solemne en el recinto del antepalco. Doña Nicolasa tuvo para el chulo la mejor de sus sonrisas, y ensayó uno de sus más arrebatadores juegos de ojos.

—Vamos, hombre, pase usted que aquí no nos comemos a nadie.

Esto lo dijo madame Tutú por ganas de decir algo, pues harto veía que Adolfo, que no era precisamente ningún modelo de cortedad, no necesitaba que le diesen ánimos. El chulo correspondió con un saludo y un gesto amable.

Y doña Nicolasa dijo a Clara, la cual estaba muy orgullosa de la presentación de su novio:

—Chica, has tenido muy buen gusto.

—Es favor — dijo Adolfo con cierto dejo de socarronería, mientras que Clara respondía:

—No se lo diga usted a él que se pone tonto.

Y la conversación animóse entre ellos como si hubieran estado toda la vida juntos.

Doña Nicolasa hizo que se fueran descorchando las botellas de champagne, que no estaban allí ciertamente para las costureras y sus novios, pero que la fuerza de los acontecimientos ponía al alcance de tan modestas fortunas.

La orquesta tocaba, y a Clarita se la estaban bailando los pies al oirla. Al fin y al cabo llevaba ya un buen rato en el baile y no había bailado todavía.

—¿Por qué no bailas con tu novio? — le preguntó doña Nicolasa.

No había mucho espacio en el antepalco, pero Adolfo era un chulo de baile con tal habilidad profesional, que sería capaz de marcarse un schotis en la punta de un florete. Por otra parte, estaba deseando lucir sus habilidades coreográficas delante de doña Nicolasa, a la cual ya sabía él que había hecho un efecto excelente. Clarita no deseaba otra cosa más que bailar, sobre todo desde que el champagne había animado su ser con una sensación de alegría hasta entonces desconocida.

La orquesta repitió, y el éxito de Adolfo fué tal que Julieta hubo de decir a Clara:

—Supongo que no serás tan ansiosa que quieras que tu novio baile sólo contigo. No vengas a tener celos, que no quiero quitártele; pero, vamos, que este baile si dejarás que sea conmigo.

Clara era buena compañera, y además, no habiendo allí más hombre de quien echar mano que Adolfo, era inevitable que repartiese con su amiga el disfrute de su uso en los momentos bailables.

Pero tan bien bailaba el condenado, de una manera tan excelente, que doña Nicolasa no quiso ser menos que sus subalternas y se llamó a la parte. Reinaba ya entre ellas una confraternidad tan encantadora, que la cosa pareció perfectamente natural. Quedaron ,por lo tanto, en que la próxima pieza la bailaría Adolfo con la frescachona y opulenta corpulencia de Madame Tutú.

Ya empezaba el hombre a regodearse, felicitándose de su suerte que le facilitaba tres mujeres en vez de una. Siempre — ya lo decía él — había tenido la primer sombra para las mujeres. Y ya comenzaba también Clarita a no encontrarse a gusto ante aquel reparto de las atenciones de su novio.

La pieza próxima fué una habanera, con gran contento de Adolfo que podría ceñirse con aquella abundantísima matrona, y no menos satisfacción de la interesada, que sólo a ese precio hubiera consentido que la ajaran y estrujaran los adornos de su vestido. Clara y Julieta, a su vez, bailaban juntas.

Cuando con mayor solemnidad se hallaban ambas parejas oficiando en el dulce culto de la señora Terpsícora, oyóse en la sala rumor de bronca. Clara y Julieta entonces, por no dejar desprovisto al sexo a que pertenecían de su justo prestigio de curiosidad, dejaron la danza y se precipitaron al palco para ver lo que pasaba.

¡Oh curiosidad! ¡Oh dolor de Pandora, abriendo la caja de los males! ¿Quién la mandó a Clarita dejar por un momento a su Adolfo en tan peligrosa compañía? Un instante bastó para que doña Nicolasa, que era una mujer aprovechadísima y muy poco amiga de perder el tiempo en devaneos inútiles, aprovechase la ocasión de entablar un continuo diálogo, que ya había preparado poniendo los ojos en blanco dos o tres veces, y clavándolos luego fijamente en su compañero de baile:

—¿Quiere usted mucho a Clarita?

Adolfo, en quien cierta experiencia de esos casos, unida a un singularísimo instinto de sinvergüenza, guiaba siempre en semejante género de andanzas, apresuróse a contestar:

—Natural que la quiero. Pero hay sitio para más.

—Lo que siento es que no volveré a verle a usted.

—Porque usted no querrá.

—Sí que quiero. Mañana a las siete en el café de Platerías, por la parte de Herradores.

No pudieron hablar más ni hacía falta. Clara y Julieta volvían al ante-palco.

—No era nada. Una bronca que empezaba, pero los han sacado en seguida del salón.

—Y ha sido una lástima porque siempre era un espectáculo.

La habanera había concluído. Doña Nicolasa, jadeante. dejábase caer en el diván. Las campanillitas de colores y las rosas de su traje estaban hechas unos higos, y el pajarraco del pecho empezaba a despelucharse. Adolfo en pie, recostábase contra la pared, y se limpiaba el sudor con el pañuelo.

Al otro día, Clarita no dejó de asombrarse al escuchar a la maestra que le decía con una ingenuidad encantadora:

—¡Qué mala cara traes! Claro, anoche te irías al baile...

—Sí que estuve — respondió la chica un poco desconcertada.

—Sí, sí ya me lo han dicho. ¿Te divertiste mucho?

—Un poco.

—¿Un poco nada más? ¿Con quién ibas? ¿Con tu novio?

—Con mi novio, sí, señora.

—¿Qué oficio tiene?

—Ahora, ninguno. El pobre está en el servicio.

—¡Ah! ¿De manera que es soldadito?

—Sí, señora. Pero va siempre vestido de paisano. Yo no le he visto de uniforme más que una vez.

—Le sentará muy bien; digo, supongo yo que le sentará muy bien, porque como no le conozco...

Clara quedaba estupefacta ante la frescura de su maestra. Así, no volvió a decir palabra y trabajó afanosamente, no porque estuviese acometida de una laboriosidad extrordinaria, sino por no levantar la cabeza de la costura.

Cuando a la tarde salió del taller, Adolfo la esperaba en el sitio de costumbre. Por suerte, le encontró más amable que nunca. Díjola sus apuros para volver a entrar en el cuartel, pero advirtiendo que todo lo había pasado con gusto por haber estado con ella. Redobló sus chicoleos, como si estuviera empezando a hacerla el amor, y en fin, teníala con la profusión de su coba en el séptimo cielo de la felicidad. Pero la dicha no es nunca duradera. Al llegar a la Puerta del Sol, Adolfo expresó a su novia la imposibilidad en que se veía de acompañarle a su casa como todas las noches.

¡Su tía! ¡Su pobrecita tía! Había sufrido tanto la infeliz con el abandono en que poco a poco la iba dejando su sobrino por el entretenimiento de los amores, que no tenía más remedio que hacerla algunos ratos de compañía. Precisamente había dispuesto para aquella tarde la realización de algunos menesteres, entre ellos el cobro de unos dineros, y no quería ir sola. Era natural que llevase un hombre a su lado. ¿Y quién mejor que su sobrino?

—Ya me extrañaba a mí que tú vinieses hoy tan amable—dijo Clara por toda contestación.

—Pero ven acá, mujer, y ponte en lo natural. Yo te dejo en el tranvía. Ya ves, qué más quisiera yo que ir contigo, como siempre. Pero es que no puedo. Vamos, que no puedo.

Clara hallóse invadida por una gran tristeza, y sintió como si

empezase a derrumbarse dentro de ella una torre que llevase en el alma. Sin embargo, hízose fuerte. En último caso, ¿por qué no podría ser verdad lo de su tía?

Cuando al fin se separó Adolfo de ella, experimentó un deseo de seguir sus pasos. Pero desistió en seguida de su intento. Parecióla ridículo que la hubiese sorprendido él en su trabajo de espionaje. Y por otra parte, quien sabe, si la valdría más no enterarse de adónde iba.

Al llegar a la entrada de la calle Mayor detúvose Adolfo para observar si era observado. Aún para despistar, subió hasta Pontejos y volvió a bajar por Esparteros. Cuando se convenció de que Clarita no le siguiera, dirigióse resueltamente hacia el café de Platerías. Llegaba a punto. Faltaban apenas cinco minutos para las siete.

Penetró en el café y llegó a la vicaría. La mayor parte de las mesas estaban ocupadas por parejas, como aquella de la cual él iba a formar parte inmediatamente. La única mesa ocupada por una persona sola era la de doña Nicolasa, quien recibió a Adolfo con una sonrisa y un juego de ojos de lo mejor de su repertorio.

Adolfo, que recordaba el traje de mamarracho que la tal señora ostentaba en el baile, encontróla mucho mejor y más apetecible con el atavío sencillo de un vestido oscuro y el velo que tocaba su cabeza.

Convinieron, desde luego, en que habían hecho mal en elegir aquel café tan próximo a la casa de ella. Como en el momento que les dejaron solos en el baile, no tuvo tiempo doña Nicolasa de pensar en otro, hubo de citar a Adolfo en este. Sin embargo, por una vez no habría de chocar mucho, y para el otro día convinieron en verse en otra vicaría más oculta y recatada, que indicó Adolfo. La del Progreso, entrando por las escalerillas de la calle de Lavapiés.

—Y si pudiera ser—insinuó él,—yo quisiera que nos viésemos más pronto. ¿Sabe usted?

—¿No te atreves a llamarme de tú?—dijo la modista que le había tuteado desde el primer momento.

—Como todavía no hay confianza.

—Pero la habrá en seguida.

—Ya me lo supongo.

—¿Y por qué quieres que nos veamos más temprano?

—Pues, sabe usted, digo sabes, porque soy militar. Vamos, militar de los de abajo, y tengo que estar en el cuartel antes de las ocho menos cuarto.

—Es que si nos vemos antes no puedes acompañar a Clarita.

—Déjeme usted a mí de Clarita.

—¿Pero tan pronto la vas a olvidar?

—Donde esté una hembra como la que tengo delante, que se quiten las chavalas.

Doña Nicolasa sentíase muy halagada por aquellas manifestaciones, y crecía en ella su amor por el distinguidísimo sinvergüenza que la daba conversación y coba. Adolfo, sin embargo, no quería forzar tan pronto la nota del entusiasmo para que no se escamase la señora ante las muestras de una pasión demasiado repentina.

Aquella tarde pasaron el tiempo en discreteos, porque la hora no daba para más, puesto que a las siete y media habían de separarse. Dióle madame Tutú por debajo de la mesa un duro para que pagara el gasto, practicando la

operación con tan exquisito disimulo, que se enteró todo el mundo de aquella transmisión de dominio inter-vivos; mucho más vivo él que ella.

Hiciéronse múltiples protestas de amor, y cambiaron los juramentos de costumbre. Adolfo marchóse muy contento, convencidísimo de la buena estrella que le guiaba para con las mujeres, y doña Nicolasa regresó a sus lares, con el voluminoso pecho transido por dos o tres dardos de los más puntiagudos del amor.

A la tarde siguiente, madame Tutú abandonó su taller a las cinco, y cuando salió Clarita, a la hora de costumbre ,encontróse sola. Su Adolfo no la esperaba ya donde solía.

La separación del día anterior habíale preparado para sufrir. Esperó, sin cansarse; Adolfo no llegaba.

—¡Su tía! — murmuraba ella. — Ya sabía yo que tenía que ser alguna tía...

Hasta que no comprendió que era ya imposible que viniera, no abandonó el lugar de las citas hasta entonces cotidianas. Y despacito, muy despacio, como quien ya no tiene prisa para nada en la vida, emprendió poco a poco el camino de su casa.

Entretanto Adolfo y doña Nicolasa se refocilaban a sus anchas.

La vicaría del café del Progreso les había acogido en su no santo seno, y formaban de consuno, hermosos planes de venturosa vida. La elocuencia amorosa de Adolfo empezó a sentar las bases de mejoramiento personal:

—A mí la verdad, me da vergüenza ir contigo con esta ropa.

Al poco rato ya había obtenido de doña Nicolasa la promesa de que al día siguiente le proporcionaría dinero para un traje.

—Anda, perro, que no se como te las arreglas que consigues de mí todo lo que quieres.

Decía la modista con un acento ridículo de puro mimoso.

Y la conversación tomó unos tonos tan ardientes que comprendieron ambos interlocutores la necesidad que tenían de abandonar aquel local, y saliendo del café muy juntitos por la escalerilla misteriosa perdiéronse en seguida en la calle de la Cabeza.

No hay por cierto, nada peor que tener personas confidentes. Así ocurre que se habituan de tal modo al intercambio de secretos, que a lo mejor no pueden por menos de dar salida confidencial también a las confidencias que reciben.

Aquella tarde no fué Clara al taller. A la hora anunciada por Julieta acudió al café, y fisgó por las vidrieras. En efecto, allí estaban los infames entretenidos en muy dulce coloquio, delante de sendos vasos de café con leche. El de él, con media tostada.

Clarita lo comentó para sus adentros:

—Claro, ese, todo lo que sea tragar.

Sin embargo, no quiso seguir diciendo mal de Adolfo, y contemplóle con cierto arrobamiento. Hacía tiempo que no le veía. Y la verdad es que con la ropa que ahora llevaba parecía otro. ¡Estaba guapo el condenado!

Guarecida contra la portada del café pudo esperar sin ser vista. El

simón esperaba a la pareja. Y Adolfo con su traje de señorito y su sombrero flexible, apareció al lado de doña Nicolasa arrogante en su aspecto matronil.

Clara plantóse entre ellos cortándoles el acceso al coche:

—¿Qué haces aquí, chiquilla? — interrogó la maestra con la mayor frescura.

—Más vale dejarla, que está loca—dijo Adolfo, yéndose hacia el carruaje.

Y la chiquilla, en jarras:

—¡Loca! Lo he *estao* por quien no se lo merecía. Pero no es con usté con quien yo quiero hablar. Es con esta... señora. Sí, señora, con usté. ¿Tan falta está de hombres que necesita usté sonsacar los de las demás? Me río yo de estas maestras de postín que tienen que agarrarse a la labor de las muchachas de su taller. Ande usté de ahí... ¡Si se lo regalo! Y se lleva usté una alhaja...

Doña Nicolasa, muy sofocada, había conseguido ganar el coche donde ya se encontraba Adolfo. Había comenzado a detenerse la gente, y Clarita seguía denostando a los ocupantes del coche que iba a todo escape en dirección a la Cuesta de la Vega.

Avanzaba la primavera, y ellos seguían dándose la primer vida. Lo único que obscurecía, como una nube, aquel sol de su felicidad, era la esclavitud en que Adolfo dependía del cuartel. Acercábase el verano, y doña Nicolasa pensaba en él como compañero para su veraneo. El marido, como siempre, se quedaría en Madrid. Durante el estío no solía aparecer por el café, de cuyo mobiliario formaba parte integrante durante el invierno; pero no había quien le hiciera abandonar la corte ni quién le privara de pasarse la noche en una silla de Recoletos, en donde dormitaba debajo de una acacia hasta que no quedaba nadie en el paseo. Eso lo consideraba él como el colmo de las voluptuosidades veraniegas, y experimentaba un profundo y conmiserativo desdén hacia quienes cometían la locura de marcharse a veranear.

Doña Nicolasa, que no sintió jamás una pasión tan desatada como la que le fué inspirada por Adolfo, preocupábase de libertarle aunque no fuese más que temporalmente de la tiranía militar. A veces pensó en utilizar algunas de sus relaciones para procurarle un mejoramiento relativo de su condición cuartelera haciéndole cabo, pero él rechazó la idea por suponer que entonces, teniendo ya jurisdicción y una obligación definida, sería precisamente cuando menos libre podría estar. Rebajado del servicio sería conveniente; pero aún mejor la concesión de una licencia. Y pensó en una de sus mejores parroquianas. La Lilí, una cortesana de alto borde, que era querida de un general. Por mediación de ella podía, sin duda, conseguir el objeto apetecido.

La Lilí vivía en un pisito bajo de la calle de Claudio Coello. Precisamente en aquella misma semana había avisado a madame Tutú, para que hiciese el favor de ir a probarle a su casa algunos encargos, ya que llevaba unos días que no salía de casa por una extraña desgana, que la inducía a pasarse los días tendida en una meridiana y sin poder soportar encima mucha ropa.

Madame Tutú dió prisa a sus oficialas, y los atavios encargados por la Lilí halláronse dispuestos para antes del plazo que marcara la propia

modista al recibir la orden de aderezarlos. Así, esperaba ella granjearse con su actividad el favor de la entretenida, e inclinar su voluntad hacia el lado de su servicio.

Empezaba a apretar el calor, y ya la tarde antes habían, por primera vez, doña Nicolasa y Adolfo, desviado sus paseos nocturnos en coche hacia la Bombilla. Se acercaban las noches en que sería tan grato cenar allí entre las arboledas opulentas, y él no podría acompañarla sin arriesgar su libertad con escapatorias, cuyo abuso, y aun cuyo uso, hacíase realmente peligroso.

Madame Tutú habíase esmerado en su obra, y precedida por la chica, portadora de aquellas maravillas, si no de sus manos, por lo menos ejecutadas bajo su dirección sapientísima, hizo su entrada en el aposento donde la Lilí, indolentemente reclinada en la meridiana, leía *La Hoja de Parra*. Vestíase con un tenue kimono de tonos pálidos, y mientras recogía una pierna, la rodilla en alto, dejaba pendiente hacia el suelo la otra, que escapaba al ligero velo del traje japonés.

—Bendita sea la hora en que viene usted, madame — dijo con un tonillo meloso y algo americanado — que llevo unos días que no sé lo que tengo, y ya sé lo que tengo, y es que no tengo traje, ¿sabe? Mire que se echaron los calores encima y no me queda ropa liviana que ponerme. ¡Ay, Jesús, y cómo la agradezco el bien que me hace!

Desperezóse disimuladamente, retorciéndose en dos o tres contorsiones que en un escenario de varietés la hubiesen dado carta de danzarina exótica, y dispúsose a contemplar las obras de arte de la aguja que habían de salir de aquella caja modisteril. Estaba de buenas, y parecióla excelente cuanto Madame Tutú, esforzándose en sus amabilidades, la enseñaba detalladamente, costura por costura y adorno por adorno, con el afán de un cicerone que va mostrando a los ojos del viajero las maravillas de la ciudad desconocida.

El efecto que había causado era excelente, y decidióse a aprovecharlo. Empezó trayendo a colación una enhorabuena.

—Ya he leído en el periódico — dijo mientras prendía con alfileres un vestido a Lilí, que mostraba ya en pie su figura ante el espejo—, ya he leído que al general le han dado una cruz.

—Sí, ¿sabe? Otra cruz.

—Dices bien, otra — murmuró Madame Tutú para sus adentros — porque contigo ya tenía bastante.

Y luego prosiguió en alta voz:

—Pues... a propósito del general. Si usted quisiera podía hacerme un verdadero favor. Es decir, más que a mí a mi familia, la que está en el pueblo.

Ni doña Nicolasa tenía familia en un pueblo, ni en ninguna parte, ni la Lilí había oído hablar nunca de semejante parentela, sin embargo contestó, como si estuviera muy enterada:

—¡Ah, sí!...

—Se trata de un muchacho... ¿Quiere usted andar un poco a ver cómo cae este paño? Bien, así. Pues como le decía... un chico sobrino mío, que está en el servicio, y de usted depende que pueda tener siquiera un par de meses de licencia para ir al pueblo. ¿El escote de otro modo verdad? El general se lo indica al coronel, y está hecho.

—¿Tiene novia en el pueblo el chico?

—Debe tenerla. Está en la edad.

¡En la edad! Aquello la conmovió a Lilí, aunque la edad en que a ella le agradaban los hombres fluctuaba entre los diez y ocho y los cincuenta y siete años.

—¿Cómo se llama? — interrogó.

—Se llama Adolfo... — y entonces comprendió que se hallaba en una situación algo ridícula. No sabía cuál era el apellido de su sobrino. Sin embargo, rehízose pronto y salió en seguida del atolladero.

—Le mandaré a usted una nota. Es lo mejor. Con eso no se la olvidará. Y desde luego, mil gracias.

—Me interesan mucho los pobres muchachitos ¿sabe? ¿Por qué no me lo manda? Que me traiga él la nota. ¿Por qué no?

A doña Nicolasa maldita la gracia que la hizo el encarguito, pero no podía negarse. Derivó la conversación hacia el terreno de las modas y los trapos, y dejó encantada con su arte a la mujer bondadísima, cuyo concepto del patriotismo y de la democracia era tan alto, que así atendía a aliviar los trabajos del generalato como hacer más suave y agradable la vida de las clases de tropa.

—¿Y no se le podrá ver esta noche a usía? — preguntaba la pingüe doña Nicolasa al distinguido sinvergüenza de Adolfo, pocas tardes después de su intercesión acerca de la Lilí para que el chico disfrutara un par de meses de licencia.

—No señora. Lo siento mucho, pero algo hay que dejar para la familia, y esta noche tengo que acompañar a mi señora tía, ¿está usted enterada?

Esto del tratamiento y el tono de chungueo que ponía el chulo en sus palabras soliviantaban extraordinariamente a doña Nicolasa.

—La culpa la tengo yo — le decía; — yo, y nadie más que yo. Por haberle quitado a usted la miseria que llevaba encima.

—Una obra de caridad... — interrumpióla el cínico.

—Y he sido tan tonta, pero tan retontísima que fuí a pedir para usted una licencia... de presidio debía haber sido. Y a la muy señora no se la ocurrió más sino que fuese mi sobrinito a su casa para conocerle... Y yo que os conozco a los dos, le dejé a usted ir. Si me está muy bien empleado. ¿Y qué, en qué han quedado ustedes?

—En que no nos gusta que nos molesten.

Y Adolfo, dejando a doña Nicolasa que frustrase en sus labios todos los dicterios que le preparaba, subióse al primer tranvía que pasó.

Doña Nicolasa tomó un coche, y tuvo la paciencia de permanecer estacionada en él en la esquina más próxima a la casa de la Lilí, hasta convencerse de lo que sospechaba.

Desde su observatorio vió salir al general. Tentada estuvo de abalanzarse a él y prevenirle, pero algunas razones la contuvieron. Poco después vió entrar en la casa al propio Adolfo. Era cuanto quería saber, y dió orden al cochero de marchar. ¿Un escándalo? ¿Para qué? Hubiera sido perder una buena parroquiana, ya que perdía un amante.

Aunque con su correspondiente coragina en el cuerpo, pudo callar. Al fin y al cabo a hierro moría porque a hierro había matado. Como ella quitó a Clarita su novio, ahora se lo quitaban a ella.

Por lo demás, juró vengarse. La Lili tendría desde entonces sus vestidos dos o tres meses después que todas las demás parroquianas. No recibiría hasta Marzo los trajes encargados en Noviembre, y se asaría durante el verano, esperando hasta Octubre los trajes ligeros y sutiles encargados en los esplendores de Mayo.

Adolfo, sin sorprenderse mucho ante su buena estrella, porque le parecían muy naturales todos los éxitos que alcanzaba su belleza, seguía muy contento aquella carrera adelante en el camino del amor, sin acordarse de las mujeres que iba dejando en el camino y que constituían, mal que le pesase, los eslabones de aquella cadena urdida por la casualidad y por la suerte que, como ya se ha tenido ocasión de decir en esta misma narración, son grandes aliadas y decididas protectoras de los sinvergüenzas.

El general que cubría con su pabellón paternal la existencia de la Lilí, había sido destinado a ocupar un cargo fuera de la Corte, y no sabiendo si duraría mucho tiempo en él, no se determinó a llevar consigo a su amiga, la cual por su parte, al saber el proyecto de posible viaje, protestó cariñosa, pero enérgicamente, haciéndole el cargo, después de todo muy exacto, de que sería un escándalo para él llevarla a una población provinciana donde todo se sabe y todo se comenta. El argumento convenció al hombre, y más valió así, porque en último caso, hallábase ella muy resuelta a una resistencia desesperada. Todo menos separarse de su Adolfo, por quién ella sentía ya aquella pasión cuya secreta causa guardaba el afortunado.

El general marchóse encantado del talento de su protegida, y de lo bien que velaba por su prestigio. La Lilí, que había bajado a despedirle a la estación del Norte, toda emocionada por la partida de su cariñoso protector, apresuróse así que partió el tren a acudir al encuentro de Adolfo que la esperaba frente a San Antonio de la Florida. Allí montó el apreciable amigo en el coche que ella llevaba y pasearon haciendo tiempo hasta la hora en que cenarían en el Campo de Recreo. La pobre Lilí había quedado sola, y sería Adolfo un ingrato y un desconsiderado si no la rindiera el debido tributo de su constante y amorosa compañía.

El calor comenzaba a arreciar, y una noche, cenando en Parisiana con Lilí, determinaron el viaje veraniego. Irían, por de pronto, a San Sebastián, y después a Francia. Adolfo estaba estupefacto al conocer el itinerario y se acordaba de que doña Nicolasa quería haberle llevado a Cercedilla, petición que por entonces constituía realmente para él una especie de colmo en materia de viajar.

Presentábase el inconveniente de la caducidad de la licencia disfrutada por el afortunado; pero allí estaba en sus propias manos la influencia necesaria para conseguir la necesaria prórroga. Así como así, ni había peligro de guerra, ni a los regimientos les venía mal aligerarse de cargas innecesarias.

Terminaron la cena, no sin notar Adolfo que había causado cierta sensación su presencia en algunas compañeras de la Lilí que por allí se hallaban. También lo hubo de advertir ella, porque le dijo al objeto de la femenina admiración:

—¡Cómo te están mirando, muchacho! Pero se chinchan, ¿verdad que se chinchan? ¿Verdad que eres para mí? Mira qué suerte fué que me hablara de tí tu parienta.

Ni Adolfo se había preocupado de desmentir su parentesco con doña Nicolasa, ni ella se había ocupado de averiguarlo.

Contenta la Lilí de su suerte, que la deparaba tal compañero de viaje,

y encantado él de su buena estrella, tramaron aquella noche en su plática de sobremesa el plan completo de sus diversiones veraniegas.

Adolfo soñaba con jugar en el casino de San Sebastián, y venir a Madrid con mucho dinero. Además lo mismo allí que en las playas francesas, podía encontrar alguna mujer de más postín todavía que la Lilí. Quien sabe si alguna princesa, porque las hay caprichosas. Y él por lo visto en materia de señoras estaba destinado a ir ascendiendo.

Cuando regresaron al pisito de la calle de Claudio Coello, todavía estuvieron largo rato viviendo por adelantado las delicias de su excursión estival. Luego ella, que estaba muy alegre, le obsequió con las más suaves canciones de su tierra cubana.

¡Ah! No se puede ser un gran conquistador sin llegar a su Waterloo.

Una mañana en que quería prolongar su estancia en el lecho, el admirable Adolfo, Lilí sentía precisamente deseos de salir a la playa. Era un lugar de exhibición como el casino y como el teatro, y no quería perderlo.

Pero el hombre que se sentía cansado de estar hasta las tantas de la madrugada en el casino, lugar que le parecía muy preferible al tupi de la Pingarrona, donde él concurría asiduamente en Madrid, hubo de exteriorizar su protesta contra quien impedía la prolongación de su descanso.

—¡A ver si es que no va uno a poder *piltrar* a gusto!

La Lilí, ya se había vestido y acicalado, y él la contemplaba con cierto asombro. Extrañábale lo primero, que hubiese quien prefiriese la incomodidad de ir a coger sol en la playa, pudiendo quedarse en la cama tan ricamente, y lo segundo parecíale absurdo que aquella mujer se determinase a salir a la calle sin llevarla al lado.

—Mira que me voy, ¿sabes muchacho? — decía la muy melosa.

Pero él no se dignaba contestarla, y daba otra vuelta en la cama.

—Que me voy, que me voy, y que me fuí.

Adolfo levantó la cabeza y ya no encontró a la Lilí en el cuarto.

—Anda, pues sí que es verdad, que se ha *marchao*.

Ante la realización de aquel hecho extraordinario, de aquella insólita manifestación de independencia, no tuvo Adolfo más remedio que refregarse los ojos dos o tres veces, desperezarse otras tantas bostezando cumplidamente, y después de haber imitado con una especie de rugido el despertar del león, comenzó a vestirse para que no dijera *aquella*, que la dejaba sola.

Cuando llegó a la playa vió venir de frente a la Lilí colgada del brazo de un pollo con el que conversaba llena de animación, y acompañando el diálogo con grandes carcajadas.

La Lilí cuando pasó por su lado no se dignó siquiera saludarle. Determinóse Adolfo a ir a esperarla al hotel, prometiéndose darla el necesario correctivo.

—Lo que esta *tié* — se decía él — es que la tengo mal *acostumbrá*. Como nunca la he *levantao* la mano. Y esto me pasa a mí por ser decente.

La Lilí llegó al hotel acompañada del señorito, de quien se despidió en la puerta con grandes manifestaciones de afecto. Así que quedó sola, Adolfo fué hacia ella:

—A ver si va a poder ser...

—Eso digo yo, a ver si va a poder ser que salude yo a mis amistades.

—¿Quién es ese pollo?

—Pues eso. Un pollo muy simpático.

—Y muy guapo.

—Por lo menos tanto como usté, y con la ventaja de que tiene plata.

—¡Cuánto lo celebro!

—Yo también.

—Sabe usté que está usté muy seca.

—Pues me extraña, porque me bañé hace poco.

—Tiene usté poca gracia para chunguearse conmigo.

Por la tarde se renovó la cuestión. La Lilí había encontrado en Enrique Guzmán, que así se llamaba el señorito que encontró por la mañana en la playa, primeramente el atractivo de la novedad, y dejaría de ser mujer si no la atrayera la curiosidad de lo desconocido, y después un porvenir inmediato que la brindaba Enrique. Irían a París, donde pasarían un mes divirtiéndose de lo lindo, y la Lilí volvería a Madrid equipada de una manera espléndida. Podía pasarse sin madame Tutú, y sin su sobrino.

Adolfo receloso ya de la interposición de aquel nuevo planeta que amenazaba eclipsar su buen astro, llegó a amenazar a la Lilí con escribir un anónimo al general, poniéndole al corriente de su devaneo con Guzmán. Pero ella le atajó sonriente, haciéndole saber que el general era un buen filósofo, quien comprendía que a sus años no tenía derecho a aspirar al monopolio de una mujer, y se contentaba con que no hubiera nadie en la casa de ella a las horas en que iba él.

Al otro día, Adolfo, que había salido solo, recibió al volver al hotel una carta que le entregó un criado.

Era la cesantía. Un cese violento, inesperado y brutal en su cargo de amador de Lilí. La veleidosa limitábase a manifestarle que cuando él recibiera la misiva ya habría salido ella de Biarritz, y le daba por lo menos la tranquilidad de que la cuenta del hotel quedaba saldada hasta aquella fecha.

Adolfo, después de dedicar a aquel amor ido un responso con las más expresivas frases de su repertorio, verificó un arqueo en sus bolsillos. Contaba con diez y siete francos por todo capital. No conocía a nadie, no sabía una palabra de francés, y la princesa apetecida no llevaba trazas de presentarse.

Pensó jugarse aquel resto de su pasada fortuna, pero sintió un prudente miedo. Tomó por de pronto la resolución heroica de trasladarse a tierra española sin pérdida de momento, y agotó en el viaje todo su peculio.

Odisea. Habría para escribir un libro rememorando hazañas de la picaresca, si se debiera narrar cuanto pasó Adolfo para regresar de San Sebastián a Madrid, caído desde el alto pedestal de su grandeza.

Solo y derrotado, llegó a la corte, dos días antes de extinguirse su licencia renovada. Y menos mal que en aquella ocasión, el cuartel se le ofrecía como una solución salvadora.

Huía el otoño, y los fríos comenzaban a iniciarse con unos días grises y tristes de lluvias continuadas. Venía Adolfo por la calle del Arenal, subido el cuello de la americana y arrecido por el ambiente arrimándose a la fachada de las casas.

Era medio día; pero había tal sensación de tristeza en aquel ambiente obscuro de lluvia, que se diría que estaba anocheciendo.

Por la calle no transitaba sino quien forzosamente había de hacerlo, por obligación de sus menesteres. Inicióse un chaparrón, y a las primeras gotas guarecióse Adolfo en un portal.

Y a poco, una figura menudita de modistilla arrebujada en un mantón, pasaba por delante de la casa donde el errabundo habíase refugiado. Recibió la visión con un sobresalto singular, y quiso lanzarse detrás de ella. Era Clarita.

Y Clarita, que le había visto, le miró de tal manera, no airada, sino serena y fuerte, que Adolfo no siguió. Desde su refugio vióla como se dirigía hacia la embocadura de la calle de Carretas, para tomar su tranvía Chamberilero.

Adolfo no entendía de símbolos, y no conocía, por tanto, el de la serpiente que se muerde la cola. Pero ambulando bajo la lluvia, pensando en aquel retorno, al recuerdo de su primera aventura, paróse delante del suculento escaparate de una pastelería, que ofrecía a los ojos de los glotones delicias pantagruélicas.

Allí, en aquel sabroso y deleitable concierto de vituallas, entre las lenguas adobadas y embutidas en sus fundas rojas con forma de gorros de veneciano dux, y los jamones carmíneos como en el goyesco tapiz del tío Rico, esplendían sus áureas coronas las pescadillas malagueñas, cerrando entre la boca y la cola, como entre alfa y omega, un círculo de cábala y misterio.

Y ante ellas tuvo una reflexión:

—Como una de esas me tengo yo que ver. Frito y perdío. Que así es la vuelta que he *dao* yo en mi vida por quererlo todo. Y ahora me encuentro como antes de empezar.

Apartóse del escaparate, lugar de tentación y de amargura, y hallóse frente al portal del Bazar de la Unión, donde otro día de lluvia hubo de guarecerse. La tarde en que conoció a Clarita. Las cosas, al fin, volvieron al principio, y allí no había pasado nada.

Adolfo, sin querer, instintivamente, dirigió la vista hacia el centro de la Puerta del Sol, por donde cruzaban los tranvías, aquellos que señalaban la época inicial de muertas grandezas.

Y tuvo una frase de filosofía:

—Bueno, después de todo: ¡Cosas del amor!

Pedro de Répide.



Tome Vd. nota en su libro de anotaciones que

Roermer

es una inyección de efectos rápidos y sorprendentes para la curación radical de las

ENFERMEDADES SECRETAS

Sin contener compuestos de plata, plomo, cobre, mercurio, ni cualquier otra substancia peligrosa, resulta un REMEDIO HEROICO completamente inofensivo.

Con la iny… …iste razón alguna para que se sufr… …aguda.

Como pre… …contagiosas no tiene rival.

LAS SE… …etc., y las molestias evitarán las … …ermedades ulteriores. consiguientes. …les incontestables de

Un follet… …atis a toda persona la inyección … …ores que lo solicit… …a.

Sarmien… Buenos Aires

Cuide su vista...

Si sus ojos son defectuosos, tiene usted que suplementarlos con cristales, para volver a obtener su visión normal. La potencia de aumento de estos cristales es relativamente baja, y al escogerlos usted quiere que abarquen, en cuanto sea posible, un campo tan claro y amplio como el de los ojos.

¿Logran esto los cristales que usted usa? Si son cristales comunes, planos, no pueden lograrlo; las leyes ópticas no lo permiten.

¿Conoce usted los lentes Meniscos y Tóricos?

Tendremos mucho gusto en demostrarle la superioridad de estos cristales.

Esmeralda 288
Buenos Aires

A. GARBARINO
Optico - Técnico

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID



Chickering

En todo hogar donde se rinde el culto a la música, donde se aprecian debidamente los elementos de la expresión musical, donde lo lleno y voluminoso de un sonido o la delicadeza en el matiz de un tono encuentran oídos para valorarlo, allí se halla invariablemente un piano

"Chickering"

ÚNICO AGENTE:

CARLOS S. LOTTERMOSER

RIVADAVIA 853 ✻ U. T. 2713, Libertad ✻ BUENOS AIRES

La casa que tiene el mejor surtido de música